

De nosotros

Cuántas fuerzas del espíritu se habrán forjado en la quietud de la confianza y de la contemplación? No obstante, se diría que nos acobarda nuestra desnudez absoluta. Cuando las pupilas se proyectan en nuestro mundo interior, cuando el espíritu se repliega sobre nuestra propia esfinge, huimos del contacto de su mármol maravilloso y nuestros oídos no saben gozar el recogimiento de las pláticas solitarias. ¿Es que no haremos del ocio un templo de meditación y de profundidad, ni convertiremos jamás la simiente sagrada del trabajo en un esfuerzo penetrante y sereno? Nuestros ojos, engañosos y fantásticos, transforman el aspecto de sus visiones y adaptan su mirada al deseo que predomina en nuestros designios. Nunca comprenderemos hasta dónde, nuestra orientación y nuestra ingenuidad modifican el sentido íntimo de los hechos. La razón va detrás del deseo. Cómplice de la ilusión y de la expectativa ansiosa es la actividad extraordinaria de las grandes ciudades, que nos alejan de nosotros mismos y nos destruyen con sus brazos múltiples y gigantescos. Viciados por la lascitud y el enervamiento ó alucinados por la acción y por el vértigo, el espíritu no disfruta el contacto revelador de su esencia íntima y desconocida. El velo del enigma no ha sido desgarrado por las manos curiosas y místicas como lo hicieron los grandes enamorados del silencio. En cambio, hemos roto el espejo de la introspección. Mientras el río cruza á nuestros pies con la riqueza obsesionante de sus aguas, arrastrando en sus armonías azules las arenas ocultas y sutiles, nosotros nos aturdimos con la actualidad nerviosa y afiebrada, sin abandonar un solo instante el aspecto ilusorio que nuestro deseo y nuestra esperanza imprime sobre todas las cosas, sin retirarnos un solo minuto á la quietud y á la intimidad que nos discierne el privilegio de la vida serena y contemplativa. ¿Es que nunca podremos ponderar con la sabiduría de los grandes devotos del silencio y de la soledad el significado de la marcha intranquila de las horas sobre la ruta emocionada de nuestra frente?

La impetuosidad profana el equilibrio. El abandono se prostituye en la molicie de la materia adormecida é inerte. Ante la expectativa inquietante de la pasión, la llama nos alucina y nos conturba. El interés se imprime sobre el egoísmo dominando con sus tonos violentos el matiz inseguro, vago y cambiante de la vida. La voluptuosidad de la mentira nos posee con su abrazo angustioso y estremecido.

Nuestra atención excesivamente difusa ó alejargada en una molicie tranquila, no ha desflorado el secreto de extenderse como una túnica sobre los relieves de nuestro espíritu. De ese

modo hemos substituído con el estudio lo que debía brotar de la contextura de nuestras almas. Disponemos de una conciencia prestada y todo nuestro orgullo cabe en una biblioteca.

Sería muy bueno que la juventud no fuera únicamente una librería. Nuestros escrúpulos se han acostumbrado á cobijarse en las opiniones ajenas y cada vez que interrogamos ó respondemos, vamos recorriendo secretamente el catálogo de nuestras lecturas. ¡Qué cómodo es vagar por las viejas estanterías ó detenernos en la epidermis de los hechos! Cruzando por el sendero de los contemporáneos y de los antepasados nuestras manos humildes recogen el polvo de los que sintieron el orgullo de sí mismos y conquistaron el secreto de las cosas con la impetuosidad y la conciencia magnífica de su marcha. ¿Qué vale ser los exploradores de la rutina y de la vulgaridad, si pasaremos como una nube efímera y deleznable sobre el oro inviolado del crepúsculo? Significa infinitamente más un minuto de nosotros mismos que todo lo que hemos simulado con la cosecha ajena. ¿Es falta de valor? ¿Es desconfianza? Me inclino á creer que es el desconocimiento de nuestro espíritu. Acaso hayamos abandonado el sentido de la penetración. Peregrinos inquietos y desordenados, viajamos vertiginosamente sobre los hechos, sobre las apariencias, sobre los libros, y lo que es más doloroso todavía, sobre nuestra propia capacidad. ¿Cómo lograremos medirnos si jamás hemos profundizado? Es muy posible que mientras no lleguemos al fondo de las cosas, no descendamos á la profundidad silenciosa de nuestro ser. Nuestra única propiedad ha sido despreciada y nunca podremos disfrutar el goce inefable de los grandes obstáculos. No nos conocemos ni por el pensamiento, ni por el amor, ni por el ideal. ¡Cuánto tiempo hemos desperdiciado sin explorarnos con el vuelo largo y armonioso de la meditación! Cuando tuvimos todo el calor de la frente y toda la tranquilidad del silencio, optamos por la caricia tibia y sedante del enervamiento y del olvido. La vida fué sencilla como un pétalo; el ocio, fué suave como dos alas; la ilusión fué cariñosa como un libro bueno; y el sueño fué perfumado como una leyenda vieja... Todo desfiló desapercibido ante nuestras miradas efímeras. Todo transcurrió á una gran distancia, y nos alejaremos sin haber sospechado la realidad de nuestro ser, bajo la eterna apariencia que nos rodea.

Como los beduinos que atraviesan el desierto, imprimíamos nuestro paso en las arenas dóciles é inseguras. Un día llegamos á la serena fresca del oasis. Bajo la sombra inefable y oscilante de las palmeras, tendimos la vista hacia la ruta larga y silenciosa. Nuestras hue-

llas se habían borrado en la inmensidad, indiferentes á nuestras ansias. De nuevo ofreció la vida su eterna virginidad á nuestros deseos de conquista. Ya era tarde. La arquitectura del espíritu estaba consolidada. El hábito predominó sobre las fuerzas espontáneas. Y cuando nuestra voluntad nos impuso el deber de la

marcha, ignorantes de nuestra propia esencia, recorrimos el mismo camino sobre la misma arena, y cerramos los ojos, para disfrutar la mentira hipócrita de no querernos ver!

CARLOS SÁBAT ERCASTY

Del Dr. Angel Carlos Maggolo

Sobre enseñanza de la Química ^[1]

I. — VALOR EDUCATIVO DE LA QUÍMICA

1. — Para un espíritu filosófico á quien preocupe especialmente la adquisición de las verdades más generales referentes á los fenómenos de la Naturaleza, el valor de una clase de conocimientos depende sobre todo de la contribución con que pueda concurrir al establecimiento de aquellas verdades.

Para él, una ciencia, aún la más vasta, la que más aplicaciones proporcione, no es sinó un eslabón en la serie de los conocimientos, y el juicio que le merezca como objeto de preferencia debe basarse en la riqueza de las relaciones que lo ligan con los otros eslabones.

No siendo cada ciencia particular sinó el estudio de una porción más ó menos bien establecida de fenómenos, solo se llega á adquirir una idea suficiente sobre el alcance y la importancia de sus leyes, cuando se las ha sometido á la luz del conjunto de las demás leyes naturales.

Humilde en sus orígenes, la química ha encontrado en su objeto de estudio tan vasto campo de investigaciones que su desenvolvimiento ha acarreado paralelamente el desarrollo de nuevas ramas en viejas ciencias, sus transformaciones han producido iguales cambios en los demás conocimientos, de tal modo que en la actualidad no podrían concebirse las ciencias naturales si les faltaran para iluminarlas los conocimientos químicos.

La posición que le corresponde entre las demás ciencias, se bosquejó con claridad ya en la época en que el genio de Lavoisier estableció sus primeras verdades generales; cuando al desembrollar el oscuro problema del origen del fuego se vió conducido, y por decirlo así, obligado á tocar, por un lado, una de las cuestiones fundamentales de las ciencias físicas, como es la de la naturaleza del calor, en aquel memorable trabajo escrito en colaboración con Laplace, y que sirve todavía hoy de introducción obligada á todo estudio serio sobre la la energía, y, por otro lado, á afrontar el pro-

blema de la respiración de los organismos, uno de los fenómenos cuyo esclarecimiento ha sido de más fecundas consecuencias para las ciencias que se ocupan de la vida.

Los progresos que luego se han realizado llevando al descubrimiento de innumerables hechos nuevos y de nuevas leyes han establecido todavía mayores puntos de contacto entre aquellas ramas de conocimientos, y en la época actual las leyes de la química junto con las de la física, en íntimo consorcio, constituyen la base más sólida de la biología.

La química se nos ofrece así como una extensa región de investigaciones, cuyas adquisiciones establecen un fundamento sólido y un encadenamiento legítimo para la aproximación de otras ciencias á primera vista absolutamente distintas y lejanas; como un eslabón firmemente establecido y útilmente ajustado en la serie de nuestros conocimientos. Mas, si son abundantes y numerosas las relaciones que ligan el estudio de múltiples ciencias con el de la química, ésta no halla menos por eso en su propio objeto un inmenso y difícil campo de investigaciones.

Esta ciencia que en sus orígenes pudo ser considerada apenas como el conjunto de los conocimientos reunidos sobre aquellos fenómenos que parecen alterar la naturaleza íntima de las sustancias, debe ser hoy considerada, desde que sus admirables generalizaciones comienzan á formular las leyes de todos los cambios de estado de los cuerpos, como la ciencia de las transformaciones de la materia.

Para llegar á tal grado de comprensión y ponerse en condiciones de resolver sus problemas fundamentales así formulados é indicados ya en los comienzos del siglo por Berthollet y Dalton, y por Thomsen y Willard Gibbs en una época más próxima, ella ha debido realizar investigaciones infinitas sobre las propiedades particulares de los cuerpos y sus reacciones mutuas, verificar dificultosos aná-

(1) Trabajo presentado con motivo del concurso de oposición para proveer la Cátedra de Química, celebrado en la Universidad el 6 de Agosto de 1901.